

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.

MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II

11 de Mayo de 1889.

NÚMERO 32.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EDUARDO BENOT

Hace pocos días tomaba posesión de su sillón en la docta Academia de la calle de Valverde el ilustre filólogo cuya caricatura ofrecemos hoy en Los MADRILES.

¡Qué dirán Pidal y Menéndez Pelayo, obligados á codearse con el sabio y modesto republicanol

Los méritos propios de Benot, cuyas obras científicas y literarias han recorrido en triunfo toda Europa, le han llevado á ocupar un puesto entre los *inmortales*, y la Academia ha tenido que transigir por esta vez con uno de los *de la cáscara amarga*.

Sea enhorabuena.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. Fols

DIARIO CÓMICO



ALIENTE caídal

En la segunda tarde y en la sexta carrera, *Gran Steeple Chase*, el Sr. Levisson, distinguido *sportman*, que montaba á *Carita* (de Fernán-Núñez), fué despedido del caballo, sufriendo algunas contusiones y varios rasguños en la cara.

Este lamentable incidente turbó por algunos momentos la alegría de la fiesta hípica, pero pronto recobró el *stard* su animación y bullicio natural, terminando el espectáculo con el brillante desfile, que es indudablemente uno de los atractivos más bellos del *sport*.

Y si añadimos á esto que el Hipódromo no es más que una *ruleta* tolerada, donde se juega mucho dinero, sin que el gobernador espante á los *puntos* ni el juzgado se lleve la *banca*, acrece la importancia y el atractivo de la fiesta, amén de las ventajas que reporta, según afirman los inteligentes, para el fomento de la cría caballar.

Yo en este asunto soy lego;
siga el correr y el saltar,
cuyas ventajas no niego...
Siempre que fomenta el juego
y la cría caballar.

Continúa el juicio y el *imbroglio* en el asunto del crimen de la calle de Fuencarral.

Allí no se ve la *luz* en ningún sentido, y por ninguna parte.

De vez en cuando se presenta á declarar alguna barbiana, como la Dolores Barba, pongo por testigo, y sus descripciones á lo Zola hacen ruborizar hasta á los pudibundos alguaciles de la Audiencia.

Y la sesuda *Epoca* vierte lagrimones como garbanzos, y desde sus columnas pide al Sr. Presidente del Tribunal que avise con anticipación el día en que ha de declarar la susodicha para que se retraigan de asistir á la sesión las *niñas* que habitualmente ocupan los primeros bancos en la Sala donde se celebra el juicio.

¡Ah! Demasiado tarde, estimado colega.

¡Esas *niñas* y sus *mamás* han oído ya tantas cosas! Debieron quedarse en casa desde el primer día.

¡Pero váyales usted con consejos, cuando se sabe que á alguna de ellas le ha prohibido su padre espiritual que asista á ese espectáculo, y no le ha hecho caso!

¡Quién sabe si en su angélica candidez, en su dichosa ignorancia, no comprenderán muchas cosas de las que allí se dicen!

En cuyo caso lo difícil, lo grave, es la situación del papá cuando esos ángeles le interroguen en casa sobre ciertos particulares.

Aunque después de una declaración de Dolores Barba, lo natural es que esas *niñas* interroguen á sus doncellas.

En el seno de la confianza.

Y esas fámulas juiciosas,
sin faltar á sus deberes,
quizá den sus pareceres,
porque se trata de cosas
que ocurren entre mujeres.

Algunos expositores franceses, de los que concurrieron á la Exposición de Barcelona, han sido víctimas de un *timo*.

Un caballero español les proporcionaba, mediante unos cuantos duros, el diploma de caballeros de la ínclita Orden de San José del Tajo.

Las víctimas del despojo reclaman hoy el cintajo.
¡Pues ya les mando trabajo!
Que no hay tal orden del Tojo
ni del Tejo, ni del Tajo.

¡Así se hace!

Para solemnizar las reformas introducidas en el Código respecto al matrimonio, el digno juez del distrito del Hospicio, Sr. Serrano Echevarría, regaló unos pendientes de oro á la novia y pagó todos los derechos de la iglesia en el primer matrimonio pobre en que intervino como juez municipal, con arreglo á la nueva legislación.

Esto merece alabarse;
pero el caso al divulgarse
saldrán las chicas de quicio,
y todas querrán casarse
ante este juez del Hospicio.

¡Olé ya!

¡A estas corporaciones populares todo se las vuelve conflictos.

Y disgustos.

Hay serias dificultades en el seno de la Comisión provincial encargada de organizar la corrida de Beneficencia.

¡Dios mío!

Parece ser que los señores diputados no logran ponerse de acuerdo respecto á la adquisición del ganado.

Conflicto inesperado
que hará mucho ruido.
¡El tiempo que han perdido
por causa del ganado!
¡Qué horrible situación
la de esa Comisión
de la Diputación!

El pueblo francés está de enhorabuena.

Ha inaugurado de un modo brillante su gran Certamen, su admirable Exposición Universal.

Todos los periódicos del mundo llenan hoy sus columnas con las descripciones de acontecimiento tan grandioso, y todos de consuno no tienen más que palabras de encomio, de elogio, de admiración para tan gigantesca obra, gloria de este siglo.

La torre Eiffel y el palacio de las máquinas son los dos prodigios que más poderosamente llaman la atención.

La gigantesca torre, que inmortaliza el nombre de su atrevido inventor y constructor, consta de cuatro plataformas. La primera está situada á 38 metros de altura; la segunda á 115; la tercera á 207, y la cuarta á 273. La altura total de la torre es de 300 metros justos, hasta la bola de remate, sobre la cual se eleva todavía un inmenso pararrayos. En la construcción de esta maravilla se han empleado 6.500.000 kilos de hierro.

Los nombres de Alphand, Berger, Garnier, Dutert y Bouvard verdaderos héroes de la Exposición, han logrado hacerse





ALPHAND

célebres, y corren hoy de boca en boca en coro de alabanzas.

A pesar del corto espacio de que podemos disponer en nuestra modesta publicación, procuraremos dar á nuestros lectores una dea, siquiera sea sucinta, de las maravillas realizadas por nuestros vecinos en el Campo de Marte.

De ello está encargado especialmente nuestro activo corresponsal en París.

¿Cuándo realizará España un acontecimiento semejante?

Proyéctase para dentro de tres años, con motivo del centenario de Colón, celebrar en Madrid una Exposición Americana: ¿no podría ampliarse este magnífico

pensamiento, y convertir dicha Exposición en un Certamen universal?...

¿No sería éste uno de los medios de conjurar la crisis obrera y contener la ruinosísima emigración que desangra poco á poco nuestra patria?

Que la cosa es difícil; que habría que vencer muchos obstáculos; que hacer esfuerzos titánicos; que realizar verdaderos milagros. ¿Y qué?

¿No acaba de darnos el ejemplo Barcelona?...

¿No hay por aquí un Ríus y Taulet de buena voluntad?

E. NAVARRO GONZALVO.



UN CABALLO BLANCO

DESENGÁÑESE usted, me decía la otra tarde el empresario de un teatro de invierno; el público va adonde lo llaman, sin preocuparse del local ni de las estaciones. Apolo es una nevera, y lo calentaron Cádiz y La gran vía hasta el punto de convertirlo en horno.

—Efectivamente, es un teatro muy frío, sobre todo desde que casi casi tiene luz eléctrica.

—¿Cómo casi casi? La cuestión de la luz está favorablemente resuelta. A partir desde hoy, funcionarán con la mayor regularidad ambos circuitos. Por eso pienso tomarlo en arriendo; voy á explotarlo durante el verano próximo.

—Piénselo usted bien. En verano la gente está acostumbrada á bajar al Prado y á Recoletos y no se queda en casa, es decir, en Madrid, ni por un ojo de la cara.

—El Jardín del Buen Retiro, Felipe, Recoletos y el Príncipe Alfonso dan la puntilla á los teatros de invierno.

—¿Es usted un ignorante!

—Gracias.

—Un ignorante. Para convencer á usted de que el público va donde le llaman, voy á tomar en arriendo el teatro que peores condiciones tenga para funcionar en verano. Martín, por ejemplo.

—Efectivamente, no las tiene muy buenas.

—Pues le tomo en arriendo, y en Septiembre próximo me ayudará usted á contar los billetes de 1.000 pesetas que obtendré de beneficios líquidos.

—U sólidos.

—Búrlese usted. En Septiembre hablaremos. Todo Madrid va á ir á Martín este verano. A la hora de tomar billetes en la calle de Santa Brígida va á llegar la cola hasta el 4 de la calle de Fuencarral.

—No, hombre, que podía pisarla D. Antonio.

—Y por la calle de Hortaleza hasta la Ceres.

—¿Tiene usted obras?

—¡Naturalmente! Pero tengo más; tengo un proyecto que llevará mi nombre á la posteridad. Oiga usted el relato de las reformas que voy á hacer en el local.

—Vamos á ver.

—Butacas de rejilla y de doble fondo; es decir, de dos asientos, colocado uno debajo del otro, dejando entre ambos una distancia de 10 centímetros.

—¡No veo la aplicación del asiento de abajo!

—La de sustentar un cuarto de kilo de hielo artificial para refrescar... la atmósfera.

—¡Pensamiento salvador!

—El asiento de arriba tendrá en el centro un agujero.

—Lo presumo.

—¿Por qué?

—Porque es lógico que lo tenga.

—Bueno. Debajo de cada butaca habrá una jofaina para el deshielo.

—Es usted muy previsor.

—En lugar de acomodadores, pondré acomodadoras gallegas, es decir, frías, *conditio sine qua non*. Los individuos del cuerpo de alabarderos teatrales, es decir, los cofrades de la *claque*, estarán provistos de abanicos de calaña, con obligación de echar aire al público en los momentos en que no tengan que aplaudir de orden de la Empresa ó de los mismos interesados.

—Muy bien pensado.

—En el vestíbulo y en los pasillos pondré sifones que partarán de los aparatos de la luz eléctrica.

—¿Sifones?

—Sí, señor. De agua con jarabe de cidra para el piso principal; de horchata para el segundo...

—¿Y para el tercero?

—De cebada.

—¿Líquida, por supuesto?

—¡No, que sería sólida! ¡Qué cosas tiene usted!

—¿Y qué más?

—Estos sifones tendrán varios conductos de goma. Tantos como espectadores haya en la sala. Cada espectador estará agarrado á un conducto, y cuando tenga sed, se aplica la boquilla á los labios y...

—Chupa.

—Bebe. No es lo mismo.

—¡Soberbio! ¿Y dará usted función entera, ó por actos?

—Por actos.

—Pues los que vayan á la tercera y cuarta, encontrarán las boquillas en un estado...

—Perfecto, porque se renovarán en todos los entreactos. Además, se venderán boquillas en el despacho de billetes. La compra usted, la enrosca, bebe, la desenrosca, y al bolsillo, para mañana.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y qué más?

—En el guardarropa se alquilarán, además de gemelos y otros útiles de verano, cazadoras de alpaca, pantalones de dril y camisas abullonadas de seda cruda.

—¿Y zapatillas?

—De cabritilla.

—¿Con suela de corcho?

—A la nieve. Con esto, y con quitarle al teatro la montera en los días serenos, es decir, en las noches que no llueva, la ventilación está garantizada.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Ponga usted en el cartel una nota que diga: «Se permite entrar en calzoncillos.»

—¡Dios se lo pague á usted! ¡Qué inspiración!

—¿Y qué obras tiene usted?

—¡Veraniegas por todo lo alto! He mandado arreglar el tercer acto de *Catalina*, por lo de la decoración nevada, y otro de *Los perros del monte de San Bernardo*, por la misma razón. Tengo, además, *El sorbete*, *La horchatera*, *Guadarrama en el bolsillo*, *Café helado*, *Sin guantes*, *El tiritón*, *La pulmonía*, *Granizo*, *La Nieve*, *La garrafa*; en fin, cositas frescas.

—¡Mucho dinero va usted á ganar! Y del repertorio, ¿pondrá usted algo?

—Algo; pero poco... Como no quiero más que obras frescas...

—¿Frescas? Entonces no ponga usted ninguna de las de Eslava, porque... arden.

—Adiós.

—Hasta Septiembre.

RAFAEL MARÍA LIERN.



El Sr. D. Sandalio
Gómez Terrones,
el que lleva más anchos
los pantalones.



En la feria de Mairena
compré una burra.
—Yo un par de zagalejos
para mi Curra.



No me lo niegues, truhán,
á ti te gustan las gordas.



¡Qué pasión y qué arrebatos!
¡Ponen por testigo á Dios!...
—¡Caramba, y llevan los dos
lacitos en los zapatos!

EL CAFÉ



Café íntimo.



Café solo.



Café con leche.



Café con media de abajo.



Café con gotas.

DESDE EL BOULEVARD



A profusión de cosas que da de sí la semana, *ni cabe en el pensamiento, ni casi me cabe aquí* (en el espacio de esta crónica), como, con corta diferencia, dijo nuestro gran dramaturgo hablando de otras cosas.

La apertura del Salón de Bellas Artes.

La apertura de la Exposición universal.

La fiesta de Versalles, conmemorando la apertura de los Estados Generales en 1789. La apertura del Hotel Terminus. La apertura de la nueva estación de San Lázaro.

Todas estas aperturas, mezcladas con un conato de apertura de la piel del presidente de la República por un Sr. Perrin (que no es seguramente sobrino de Vico, ni pariente de mi querido amigo Guillermo Perrin, que, en colaboración con Palacios, se hace aplaudir, casi á diario, de los madrileños), hacen que á mí se me abran las carnes sólo de pensar que cada una da por sí sola asunto para más espacio del que dispongo para hablar de todas juntas.

Tomo carrera, pues, y allá va la historia de la semana condensada como la leche que los ingleses venden en latas para dar la ídem á los incautos partidarios de la lactancia.

El día del *vernissage* del Salón viene á ser en París como el primer anuncio de la primavera.

Las *mondaines*, las *demi-mondaines* y las *onduladas*, como ahora llamamos á las *horizontales*, escogen ese día para estrenar sus *toilettes* frescas y de colores vivos.

Ellas se barnizan también el día del barniz, que no sé porqué se sigue llamando así, cuando para ese día todos los cuadros están ya barnizados, y lejos de ser aquella una reunión íntima de artistas y aficionados, algo así como el ensayo general de una gran comedia, es una fiesta pública, cuya entrada se paga, y muy cara por cierto, y á la cual asiste tan numerosa concurrencia que desafío al más pintado á que pueda enterarse de ninguno de los cuadros expuestos.

Allí, si se va á experimentar emociones, no son seguramente emociones artísticas, sino las dolorosas de un codazo ó un pisotón, y las más ó menos psicológicas (mucho menos que más) que producen siempre en el sexo feo las mujeres guapas.

De éstas había muchas, por la sencilla razón de que allí estaba en masa la colonia española y americana, únicas caras que se pueden ver en esta tierra sin tener que hacer reservas mentales al afirmar que son de P P y W.

En materia de trapos, ya que los cuadros no hubo medio de verlos, hemos tenido una novedad: los trajes de sorpresa.

Va usted en ferrocarril; enfrente ha tomado asiento una linda viajera. Usted—ó yo para no ofender—lleva hora y media de hacer el oso, lanzándola miradas incendiarias. La señora, de pronto, se empieza á desabrochar el cuerpo del vestido.

La imaginación de un hombre que hace el oso va muy lejos.

Ante un acto semejante, el viajero cree haber hipnotizado á su única compañera de coche, y cae de rodillas para recibir humildemente lo que cree que va á salir de detrás de aquellos botones.

Y aquí viene la sorpresa.

La señora ha quedado, no medio desnuda como la soñó el viajero, sino mucho más vestida; el traje de viaje se ha transformado en traje de visita.

Las que llevaron al Salón trajes de éstos, debieron ser más precavidas, y llevar uno transformable en capote de monte.

Porque el chaparrón que cayó á la salida no lo olvidará mi levita nunca.

La fiesta de Versalles, muy bonita; y como prólogo de las de la Exposición, no se le pudo pedir más.

Hasta empezó con su conato de atentado; y digo conato, porque no llega á atentar el que tira con pólvora sola.

El hombre asegura que lo hizo sólo para atraer la atención sobre su persona, y que el Presidente hiciera despachar un asunto que el Perrin tiene en un ministerio.

Si esta moda llega á España, va á haber fuego graneado por donde quiera que pase un ministro.

La inauguración de la Exposición y las fiestas celebradas con este motivo superan á toda descripción.

La fiesta de noche, sobre todo, resultó de un efecto de tal modo maravilloso, que no puedo decir más que una cosa. Si, como es probable, se repite para el 14 de Julio, vengan ustedes á verla. Eso solo vale el viaje.

Y además se habrá previsto lo que no se previó el día 6, y los que se queden á comer en la Exposición no se expondrán á morir de hambre, como le pasó á un servidor de ustedes... y á algunos miles de personas más.

Lo que yo trabajé, sudé, empujé y supliqué para obtener por tres francos un pedazo de pan, no se lo pueden ustedes figurar, ¡Calculen lo que me costaría luego, en fatigas y pesetas, un poco de jamón y un poco de vino!

Aquello era una *reconstitución* más, de las muchas que se han hecho en la Exposición: la del sitio de París.

Gracias que los cañonazos con que nos entretenían el hambre eran, como el atentado de la víspera, con pólvora sola.

Y que una vez fuera de la Exposición se podía comer... ¡y se devoraba!

No sólo era difícil comer allí; ciertas cosas diametralmente opuestas lo eran igualmente, porque, como hay en la Exposición muchísimas construcciones sin acabar, no están terminados unos pequeños edificios de la mayor necesidad, á los que, por pudor, llaman aquí por su nombre inglés de *water-closet*.

Y una señora que se las da de poliglota iba derramando abundantes lágrimas por aquel inmenso Campo de Marte, y preguntando á todo el mundo:

—¿Me puede usted indicar el *Walter Scott*?

—¡!!!

BLASCO.

París 9 Mayo 89.

UNA DEL CORO

Es Teresita Gascón, una muchacha bonita corista de profesión, natural de Piedrahíta y modista de afición.

Cuando pesca una contrata luce el cuerpo, la hermosura, y hace de tiple barata y abandona la costura que el mucho coser, la mata.

Da el sí con mucho vigor; y aunque habla bastante mal, dice de ella el director que en el registro central canta con mucho primor.

Viste bien, es elegante, es puntual, y es callada, lo aprende todo al instante, y está muy desarrollada, sobre todo por delante.

Con su carilla de fiesta, su toquilla y su mantón va al ensayo tan dispuesta... y es la desesperación de su director de orquesta.

Viéndola el hombre, disfruta, y aunque procura estar grave, cuando Teresa ejecuta, la mira, y tiembla, y no sabe dónde tiene la batuta

Y se eleva hasta el pináculo y la encuentra archidivina cuando se viste de ondina en las obras de espectáculo como las que escribe Pina.

—¡Qué formas! ¡Qué morbidez! ¡No puede el cincel más diestro reproducir su esbeltez! ¡Y cómo suda el maestro con aquella desnudez!

La pobre se acerca incauta, luce sus bellos primores pierde el maestro la pauta... y riñe á los profesores ¡sobre todo, al de la flauta!

Pues bien: á esta niña honesta envidia de más de cuatro por lo gentil y lo apuesta... la despiden del teatro... ¿Por el director de orquesta?... Por cierta murmuración: que envidian su juventud su gracia y su discreción, ¡y hasta envidian su virtud!

¡Cosas de la profesión! ¡Que si un autor la hace el oso y la lleva á la verbenal!

¡Que si está el tenor celoso! ¡Que si la han visto en el foso con el director de escena!

¡Calumnias! ¡Pura maldad! ¡En el foso!... ¿Y su recato? Si allí bajó, la verdad es que le cayó un zapato por una casualidad!

¡Ni el autor la hizo el amor, aunque suelen darse casos, ni le hizo caso al tenor, ni la han visto en malos pasos nunca con el director!

Los que así la calumniaron, tal aserto no probaron y ella logró la victoria. Entonces, ¿por qué la echaron? ¡Ahora contaré la historia!

No sé si haciendo el *Bocaccio*, obra que incita al amor, y que no es un mamarracho, se besó en el bastidor con otro corista, macho.

¡Un beso á nadie le choca! ¡Qué hay de extraño que se junte allí una boca á otra boca! ¡Mas lo vio el segundo apunte, y es claro, la volvió loca!

Era muy mal enemigo y tenaz en su porfía de su secreto al abrigo, la miraba y la decía: —¡Si no me besas, lo digo!

Lo besó; y aquel exceso, á su pudor arrancado, vió el baritono malvado, y ¡es claro! pidió otro beso, y fué el tercero besado.

El tenor, gran seductor, vió la cosa, y atrevido, al fin miró conseguido de la Teresa un favor.

¡Fué el cuarto favorecido! Para el quinto, halló pretexto un vejete, un don Macario, representante indigesto... y, en fin, ¡hasta al empresario besó Teresa, y fué el sexto!

La tiple, que era feroz como nadie tiene idea, y que andaba mal de voz, y era vieja, y era fea, la tenía un odio atroz.

Supo el caso aprovechar; dice que no se conforma tal corista á tolerar, y al fin la tienen que echar por una cuestión... de forma.

No fué caso extraordinario que perdiera su acomodo, pues sabe todo empresario que, en cuestiones de escenario, la buena forma es el todo.

JACINTO ROLDÁN.

UN ESTIRÓN



Me acababa de separar de varios amigos. Entre ellos estaba Javier Burgos.

Todos nos habíamos estado lamentando de la penuria de los tiempos, y Javier Burgos manifestó, con su acostumbrada y cómica seriedad, que estiraba ahora un billete de veinticinco pesetas hasta el punto de parecer mil.

Esta idea me fué bailando en el cerebro desde el café á mi casa, donde me esperaba la conclusión de un artículo que debía entregar aquella tarde, y cuyo importe me urgía, como siempre.

Sentado ante la mesa, y con las cuartillas delante, me respaldé para mejor pensar en la manera de sacar punta, como ahora se dice, al artículo, y caí en profunda meditación.

Apenas terminé la última línea, sentí un golpecito en el hombro.

Me vuelvo rápidamente, y encarándome en un viejecillo de raído porte, que era quien así anunciaba su presencia, le pregunté lo que se le ofrecía.

Iba á recoger el artículo y á pagármelo en el acto.

Una particularidad me chocó al examinarlo, mientras hablaba y echaba mano al bolsillo: se parecía á Javier Burgos de una manera extraordinaria.

Mejor dicho, se parecía al bisabuelo de Javier, ó al mismo Javier cuando tenga bisnietos.

Era un Javier Burgos centenario.

Recogió su artículo, y, sonriendo con malignidad diabólica, me entregó un billete de veinticinco pesetas. Inmediatamente se marchó, no sin hacerme repetidas cortesías, que me parecieron teñidas de irónico matiz.

Apenas quedé solo, asaltóme una tentación rara: la de estirar el billete que aún conservaba entre las manos.

Tan poderosa fué, que no la pude resistir.

¡Oh sorpresa! A la ligera tensión cedió levemente el billete: un nuevo 2 apareció delante de la cifra repetida en diferentes sitios, y un nuevo 5 al final, de modo que las veinticinco pesetas se habían convertido en 2.255.

La alegría, el asombro, el deslumbramiento de semejante fortuna me embargaron algunos instantes.

Pero pronto sucedió á estas impresiones el temor.

¿No sería cosa de que hubiera inutilizado el billete primitivo dejándolo sin valor alguno? ¿No podrían considerarme como falsificador?

Aparte de esto, la secreta voz de la conciencia murmuraba en mi oído que no me pertenecía aquella cantidad.

Pero la conciencia se acalla fácilmente cuando la codicia habla y descubre la perspectiva de mil necesidades satisfechas, de mil placeres disfrutados.

Además, yo me sentía inocente.

Lo único que todavía turbaba mi espíritu era la idea de que nunca había visto billetes que representaran tan extraña suma, ni oído hablar de ellos. ¿Sería, pues, incobrable?

No pudiendo soportar esta incertidumbre, salí á la calle á consultar con un amigo bolsista, suponiéndole algo más enterado que yo en tales asuntos.

—Sí, me dijo el bolsista, en cuanto le mostré el billete; el Banco acaba de emitir series parecidas, y aún por cantidades mayores. ¿Quiere usted que se lo cambie?

—Gracias, le contesté, volviéndole á guardar.

La mirada de avidez que había dirigido al billete con mal disimulado despecho, me hizo desconfiar de aquel amigo.

Pensando en ello, tuve otra tentación; la de encerrarme en mi cuarto. Estiré suavemente el precioso papel, y como si desdoblaran el primero y último número, un nuevo 2 y un nuevo 5 aparecieron.

Vime poseedor de un capital representado por 222.555 pesetas.

No se necesitaba tanto para que me atacaran la fiebre y el delirio.

¡Cuántas cosas iba á hacer con aquella fortuna! ¡Qué regalada vida me esperaba! ¡Qué sorpresa para mis compañeros de trabajo!

Pero al mismo tiempo empezaron los cálculos y las inquietudes que acompañan al dinero generalmente.

¿Qué haría cuando lo cobrara? ¿Cómo colocarlo para no ser víctima de un robo? ¿Qué negocio ofrecía mas seguridad y más interés?

En medio de estas consideraciones parecióme que inundaba mi fantasía un rayo de luz. ¡Qué digo un rayo! ¡Un incendio!

¿No podrían aparecer otras dos cifras?

¡Más de 22 millones de pesetas improvisados en un momento! No podía ser.

Pero si fuera... ¡Uf!

Y no me atrevía. Mi cabeza era un volcán.

Sin poder remediarlo, me refié de la contabilidad de Rodríguez Correa, pensé en la ruina del Banco de España para fundar yo con sus restos otro Banco más sólido y útil, y, por último, tiré el sombrero á lo alto, gritando como un energúmeno:

—¡Abajo Rotschild!

Cuando me hube serenado un tanto, volví á coger el billete con dedos temblorosos.

En efecto, otro 2 y otro 5 empezaron á asomar sus cabezas. El corazón iba á estallar, según la fuerza con que me latía.

De pronto... ¡Crac!!!

Sonó un pequeño estallido, que me pareció tan horrible como el de la Tierra chocando con otro astro, y el billete cayó al suelo, convertido en 222.555 fragmentos imperceptibles.

—¡Maldición!! exclamé contemplando mi ruina. ¡La ambición y la codicia me han perdido! Era rico... aún quise más...

Y, desesperado, me arranqué un mechón de cabellos que no tengo.

En esto desperté con la mano en la cabeza todavía. Aún me hallaba sentado ante la mesa, y sobre ella estaba el artículo.

Pero hecho pedazos.

Como la simpleza humana se consuela de los propios males cuando los puede achacar á ajenas culpas, me consolé yo de aquella desgracia, exclamando:

—La culpa es de Javier Burgos. ¡Ya me las pagará!

JOAQUÍN ARDILA

PROPIO Y AJENO

Los maliciosos.—Bonito, muy bonito el sainete de este título, original del Sr. Sánchez Pastor, estrenado la noche del jueves en el teatro de Lara. El diálogo es chispeante; los chistes, cultos y de buena ley, y la escasa trama, bien conducida hasta el final. La ejecución, como se acostumbra en aquel coliseo: irreproachable.

En un juicio:

Uno de los abogados defensores es lento, pesado, difuso y machacón en sus oraciones.

Fatigado de sus interminables discursos, el presidente del Tribunal suspira dulcemente, cruza las manos con beatitud, entorna los ojos é inclina un poco la cabeza.

El letrado se entería de ello, y exclama con voz alta y acento severo:

—¡Señor presidente, os dormís!

—¡Ay! ¡Ojalá pudiera!

Una corista nueva á un empresario viejo:

—Diga usted, señor, ¿qué es lo que necesitan hoy las muchachas para obtener una plaza en el coro?

—Buenas pantorillas.

Terminada la consulta con el sabio especialista Doctor H., el Sr. de Gómez deposita dos duros sobre la mesa.

El doctor, con tono impertinente:

—¿Son para mi criado?

El Sr. Gómez, con frialdad:

—Para los dos.

—¡Qué calor!

—Sí que lo hace.

—Yo quisiera refrescar.

—Yo también.

—¿Y dónde vamos?

—Donde quieras.

—Tú dirás.

—¿Quieres una cosa buena,

una bebida especial?

Carrera de San Jerónimo,

Los espumosos Herranz.

Los DOS GARCÍAS. Con este título ha publicado el distinguido literato Sr. Ossorio y Bernard, una lindísima novela que forma el tomo 12 de la acreditada colección de *Novelas cortas*, que publica la casa editorial E. Gutiérrez y Compañía. Es un libro que merece leerse.

Gilito, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, letra de los señores Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, música del maestro J. Osuna. De venta en la administración lírico-dramática.





DOS BOTIJOS DEL SANTO

ANUNCIOS RECOMENDADOS

El Carnaval de Venecia.

Novedades de París, Londres y Viena.

Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.

ANTONIO NAVARRO

18, Arenal, 18.

PEPA B^{ccc}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: una peseta.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

Carlos Fernández Shaw.

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Cuchy y cubierta *Japón*,

TRES PESETAS

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: una peseta.

ALFONSO DAUDET

Tartarin en los Alpes.

Traducción de E. Blasco.

Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromo,

CINCO PESETAS

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

LIBRERÍA Y PAPELERÍA

DE

FRANCISCO ARROYO

Sarandí, 236, MONTEVIDEO.

Agente en el Uruguay para la suscripción y venta de

Los Madriles.